

X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 2005.

La modernización en el devenir de la producción familiar capitalizada.

Roxana Albanesi.

Cita:

Roxana Albanesi (2005). *La modernización en el devenir de la producción familiar capitalizada*. X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-006/801>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Xº JORNADAS INTERESCUELAS / DEPARTAMENTOS DE HISTORIA
Rosario, 20 al 23 de setiembre de 2005

Título: La modernización en el devenir de la producción familiar capitalizada.

Mesa Temática Nº 85. "Políticas agrarias, evolución socioeconómica y problemas del agro pampeano en la segunda mitad del siglo XX"

Autor: Roxana Albanesi

Cargo docente: Jefa de Trabajos Prácticos, docente e investigadora del Departamento Socioeconómico de la Facultad de Ciencias Agrarias.

Dirección: Rioja 3845

Tel. 0341-4392574

Fax: 0341-4970080

Correo electrónico: ralbanes@fcagr.unr.edu.ar

La modernización en el devenir de la producción familiar capitalizada

En los inicios de la segunda mitad del siglo XIX las políticas provinciales de ocupación productiva de la tierra propiciaron procesos de colonización que dieron origen a una estructura agraria, donde productores propietarios de pequeñas y medianas extensiones con una organización laboral familiar, se consolidaron como los actores sociales y económicos mayoritarios en el área. La flexibilidad ecológica, es decir, la posibilidad de obtener una alta productividad de la tierra y de combinar actividades, y la flexibilidad propia de este tipo de unidades posibilitaron el desarrollo de estrategias que permitieron su permanencia como tales a través de los diferentes períodos del desarrollo agrario argentino.

Hacia 1960 se inicia en la región una etapa signada por el aumento de la producción y la productividad basada en la aplicación del modelo tecnológico de base industrial. Se asiste al proceso de "modernización" que determina una subordinación de la naturaleza al capital en la medida que la producción toma distancia parcial y gradualmente de las condiciones naturales dadas (Graziano da Silva; 1994).

La modernización, en un sentido amplio del concepto, comprende el conjunto de transformaciones en las estructuras y relaciones socioeconómicas que, en la región, tienden a profundizar el carácter capitalista del régimen de producción agrícola. La modernización agrícola no significa otra cosa que la adecuación de la agricultura a los requerimientos del proceso de acumulación de capital (Gomes y Perez, 1983).

El capital imprime al territorio un nuevo ordenamiento que afecta diferencialmente a los actores. Se producen, en el seno de la producción familiar de la región, profundas transformaciones. El objetivo del presente trabajo es analizar la dinámica y magnitud de dichos cambios en torno a la necesaria incorporación de tecnologías y las consecuentes modificaciones en los factores de producción. Se toman en consideración dos momentos diferentes: fines de la década del 70, cuando ya han ocurrido los principales cambios tecnológicos del proceso y se encuentra masivamente incorporada la soja, cultivo central durante toda la etapa y fines de la década del 90, momento de profundización de las tendencias iniciales.

Producción familiar

Toda referencia a la producción familiar remite a la existencia de universos de productores con características comunes pero también con importantes diferencias. Se trata de una tipología amplia dentro de la cual es necesario acotar subconjuntos determinados por cómo el trabajo familiar se relaciona con la tierra, la tecnología y los mercados, y cómo estas producciones se vinculan con la economía global en cada tiempo y espacio. Desde una perspectiva histórica es innegable su permanencia y, a la vez, la existencia en su seno de procesos de descomposición ascendente y descendente (Murmis, M, 1991). Constituye una forma de producción donde la mayor parte del trabajo es realizado por los productores y sus familias y la categoría salario no desplaza al trabajo familiar.

Dentro de este universo pueden identificarse diferentes tipos. En este trabajo se aborda el análisis de la unidad capitalizada cuyas relaciones con el exterior son mayormente mercantiles.

Al igual que en la empresa capitalista la unidad familiar capitalizada debe renovar los elementos de producción a una escala ampliada, pero no se da en su seno la división del producto neto entre consumo personal e inversión. La familia como trabajadora, pero también como propietaria, puede ajustar su consumo. Es así como sus relaciones internas le otorgan ventajas al prescindir de la categoría ganancia como condición de reproducción y al reemplazar la inflexibilidad del salario por el costo flexible del consumo familiar (Friedman, H. 1981).

La producción familiar capitalizada logra permanecer en contextos de mayor dominio del capital, lo que está en juego es la comprensión del proceso de transformación que ello implica.

La cientificación¹ crea una estructura que permite al capital obtener un control más directo sobre el proceso de trabajo agrícola. Sin embargo, tal proceso no logra una subsunción plena de los agricultores en tanto actores capaces de coordinar los dominios de producción y reproducción, no sólo en términos económicos sino también sociales (a nivel familiar y en ámbitos más amplios: locales, institucionales, financieros, entre otros) (Ploeg van der, J; 1993)

Desde esta perspectiva puede analizarse a la modernización como un límite impuesto externamente que aumenta las exigencias para lograr las condiciones de producción y reproducción pero a la vez resulta un dispositivo capaz de generar nuevas estrategias para permanecer, con presencia de relaciones mercantiles y no mercantiles.

Metodología

El presente trabajo se basa en el análisis de dos investigaciones diagnósticas sobre producción familiar capitalizada en el área sur de Santa Fe.

La primera de ellas: "Limitantes al aumento de la productividad agropecuaria en el sur de Santa Fe" (Cloquell et al, 1982) caracteriza la estructura y dinámica de estas unidades en 15 distritos de características ecológicas homogéneas del sur de Santa Fe. El relevamiento de la información,

¹ Entendida como "la reconstrucción sistemática de las actuales prácticas agrícolas según las pautas marcadas por diseños de carácter científico" (Ploeg van der, J, 1993 pag. 153)

basado en una muestra estratificada al azar, fue realizado en la campaña 1979/80. Se realizaron 155 encuestas estructuradas a propietarios de tierras. A partir de la cantidad de ha asociadas a la variable independiente “organización laboral”, la investigación identificó diferentes modelos de explotaciones.

En esa misma dirección “Las unidades familiares del área agrícola del sur de Santa Fe en la década del 90” (Cloquell et al, 2003) estudia las estrategias construídas por estos actores como respuesta al contexto neoliberal imperante en la década. La base de datos fue construida con la información obtenida de encuestas estructuradas efectuadas a 141 productores al frente de explotaciones familiares radicadas en 8 distritos del sur santafesino durante la campaña 1999/2000. La selección de las unidades encuestadas se realizó sobre la base de un muestreo probabilístico estratificado con asignación proporcional al tamaño del estrato.

En la primera investigación la unidad de análisis seleccionada fue el propietario de la tierra. A partir de la variable independiente “organización laboral” se construyeron 4 modelos: 1.*Organización familiar*: tareas físicas y administrativas ejecutadas por miembros de la familia hasta un porcentaje mayor o igual al 80%; 2.*Organización familiar contractual*: tareas físicas delegadas a contratistas de producción. Sobre el total del trabajo físico un 80 % se halla a cargo del contratista. Tareas administrativas realizadas por el propietario o miembro de la familia; 3.*Organización familiar empresarial*: tareas físicas realizadas por personal asalariado en una proporción mayor o igual al 80 %. Tareas administrativas realizadas en su totalidad por miembros de la familia y 4. *Organización empresarial*: tareas físicas y administrativas realizadas por personal asalariado en una proporción mayor o igual al 80 %.

El segundo trabajo tomado como referencia, determina como unidad de análisis al productor familiar capitalizado y se lo clasifica en función de la superficie total operada: *Estrato I* de 0 a 50 ha; *Estrato II* de 51 a 200 ha; *Estrato III* de 201 a 500 ha y *Estrato IV* de 501 y más ha. A su vez, al interior de cada estrato se categorizó a los actores en: Propietarios puros y Propietarios arrendatarios .

La comparación para el análisis de las tendencias es pertinente por cuanto los modelos de *organización familiar* (53% de la muestra) y de *organización familiar empresarial* (18% de la muestra) pertenecientes a la

primera investigación son asimilables a la categoría productor familiar capitalizado de la segunda. Además, *el modelo familiar contractual* (25% de la muestra) cuya tierra es trabajada por contratistas de producción es equivalente a la figura de cededor de tierras y puede brindar una aproximación acerca del fenómeno de toma y de cesión de tierras en el área. Finalmente, el *modelo empresarial* (sólo un 4% de los casos encuestados) queda excluido en el análisis.

La comparación estricta entre ambas investigaciones presentaría algunas limitaciones por cuanto llevaron adelante senderos metodológicos diferentes. Sin embargo, no es ese el objetivo del trabajo sino analizar tendencias y rasgos que, en cada momento, caracterizan a las unidades familiares para reflexionar acerca de las transformaciones acaecidas en esta forma de producción en el contexto de la modernización.

En los inicios del proceso

La expansión del capitalismo en la agricultura se desarrolla históricamente de dos formas diferentes: por extensión y por intensidad. El proceso de extensión se dio en la región pampeana desde mediados del siglo XIX hasta 1920 aproximadamente, etapa en donde se incorporó toda la tierra de la región a la producción. El desarrollo intensivo implica mayores inversiones de capital sobre suelos ya cultivados bajo relaciones capitalistas, lo que supone mayores volúmenes de producción sobre una misma superficie (Folladori, G 1985). Éste fue el proceso iniciado en 1960 en el área ampeana.

Una vez que, desde los finales de la década del 70, el rumbo económico adoptado fue el de desindustrialización y dinamización de la producción de materias primas, el estancamiento productivo y la caída en los saldos exportables verificado en las décadas anteriores aparecían como problemas estructurales a resolver a nivel nacional.

La necesidad de generar crecimiento en el sector agropecuario pampeano, eje vertebral de la estructura agroexportadora, llevó a la implementación de políticas activas para propiciar los cambios tecnológicos necesarios. En este proceso se expresan los intereses del estado nacional de forma convergente con los de un contexto internacional signado por la

maduración de la fase transnacional, una nueva división internacional del trabajo y la consolidación de nuevos mercados para tecnologías incorporadas en bienes de capital y de consumo.

El escenario de partida de este análisis se ubica a finales de los años 70, en los comienzos de la agriculturización en la región pampeana como respuesta obligada a una serie de profundas modificaciones tecnológicas que aumentan la productividad agrícola de forma impensada hasta entonces.

Cambios tecnológicos y en el uso del suelo

Plenamente alcanzada la mecanización, con importante dominio de las nuevas técnicas agronómicas, incorporación de semillas mejoradas y nuevos plaguicidas (herbicidas, fertilizantes) irrumpe la posibilidad del doble cultivo trigo-soja y con él la posibilidad casi automática de incrementar la producción a partir del doble uso del suelo.

Con la flexibilidad históricamente demostrada las explotaciones pampeanas modifican sus estructuras productivas

A tres años del llamado boom de la soja en la región (1977) el uso del suelo en el área mostraba el siguiente panorama: del total de la superficie muestreada (40205 ha en propiedad) el 74% se dedicaban a la agricultura y el 26% restante a ganadería. El cultivo de trigo representaba el 33% del suelo destinado a la agricultura, soja de segunda el 28%, la soja de primera el 13 % y el área sembrada de maíz ocupaba el 26% de la superficie agrícola. El resto era sembrado con arveja y/o lenteja.

Las rotaciones de mayor importancia en el área eran las agrícolas-ganaderas tanto por la cantidad de lotes que ocupaban (el 42%) como por la superficie ocupada (el 36% del total de ha), le seguían en orden de importancia las rotaciones agrícolas y se registraba que la secuencia de “monocultivos” ocupaba el 7,7% de la superficie de la muestra.

En síntesis, el 41 % del suelo estaba ocupado por soja pero incluida en rotaciones agrícolas con persistencia de cultivos tradicionales como el maíz y/o rotación con ganadería.

El análisis de los manejos en la actividad agrícola evidencia la incorporación de cambios tecnológicos.

Las semillas mejoradas fueron rápida y masivamente adoptadas. Todos los productores encuestados declararon usar híbridos de maíz. Por la autogamia de las especies, la semilla de soja y la de trigo tienen la característica de poder ser multiplicadas sin modificar sustancialmente sus características varietales, por lo que las semillas utilizadas para la siembra eran normalmente de origen propio o bien la combinación propia y comprada.

En cuanto al uso de herbicidas el 56 % de la muestra manifestó utilizarlos. Sin embargo su adopción resultaba diferencial según modelo. En el familiar lo más frecuente era el control de malezas en forma mecánica con escardillo y de manera complementaria el control químico. En cambio, este último resultaba prioritario en los modelos empresarial familiar y empresarial.

No se verifica para esta etapa una incorporación importante de fertilizantes. La fertilización nitrogenada para trigo y maíz era escasamente practicada. Entre los no adoptantes, la mayoría (52% de los casos) aducía que no fertilizaba *“porque por las condiciones de sus campos lo consideran innecesario”* o bien *“porque restituyen el nivel de N₂ a través de rotaciones con ganadería”*. Sólo un 13% expresaba que no adoptaba por problemas económicos. Sin embargo, a medida que aumenta la complejidad del modelo (familiar empresarial y empresarial) se incrementaba la práctica de fertilización. Lo mismo ocurría con el tratamiento de las semillas de trigo contra hongos.

El parque de maquinarias necesario y acorde al modelo tecnológico vigente estaba compuesto por tractor, arado, rastra rotativa, rastra de discos, rastra de dientes, rabasto, sembradora de grano fino y grueso, equipo de herbicidas y cosechadoras. Sin embargo no todos los productores poseían el parque completo de maquinarias existiendo también diferencias en cuanto a la antigüedad y potencia. A modo de ejemplo la menor cantidad de tractores, los más antiguos y pequeños se encontraban en manos del modelo de organización familiar, aumentando el número y la potencia en el modelo de organización empresarial familiar.

La alta proporción de cosechadoras en propiedad entre los productores de organización familiar (0,56 cosechadora/propietario) se vinculaba a la cosecha en campo no propio, percibiendo en concepto de ingreso, una tarifa por la labor realizada o bien cierta participación del volumen físico obtenido.

La investigación consignaba que la siembra directa era el sistema de labranzas con los porcentajes de adopción más bajos en todos los modelos. Sólo un 3,2% de los encuestados la realizaba, mientras que un 2% la experimentó abandonándola, motivados fundamentalmente por problemas de *“enmalezamiento y piso”*

Un 31% de los productores respondía que no hacía siembra directa *“por falta de conocimiento y difusión de la técnica”*. Le seguían en importancia las siguientes menciones: *“los altos costos de herbicidas y maquinarias”* y *“que no ha dado buenos resultados en la zona”* (Cloquell, S et al; 1982).

Las explotaciones familiares incorporaron el modelo tecnológico con el consecuente mayor requerimiento de capital. La inversión en maquinarias fue privilegiada por la posibilidad de aumentar la superficie trabajada y por ampliar la autosuficiencia del trabajo familiar, elemento clave en la dinámica de este tipo de unidades. Con relación a los insumos se dio también una adopción masiva aunque no homogénea, las diferencias – aunque puedan ser consideradas como irrelevantes en términos de tendencia regional – evidencian respuestas diferentes vinculadas al grado de mercantilización que se puede o se está dispuesto a llevar adelante dentro de cada unidad.

La tierra y el trabajo

La toma de tierra en arrendamiento fue un hecho histórico en la región desde el momento mismo en que ésta se insertó en el mercado internacional con el rol de proveedora de materias primas.

Sin embargo, el aumento de la superficie a través del arrendamiento se constituyó en un hecho con características diferentes a partir de la modernización. Desde sus inicios la disponibilidad de un capital en maquinarias permitió la expansión en superficie bajo la forma de arrendamiento.

La investigación confirmaba la tendencia en los modelos de organización familiar a expandirse mediante la toma de tierra para su explotación. Las razones más generalizadas para ello eran a) para aumentar ingresos y/o ampliar la explotación (57%), b) porque se trataba de explotaciones familiares o vecinas (19%) c) porque tenían maquinarias

suficientes para mayor superficie (17%). En el caso del modelo familiar empresarial agregaban como razones válidas *“ocupar al personal en el tiempo que quedó sin trabajo”* o bien *“porque es un negocio válido”*.

Del total de casos encuestados el 43% de los mismos (67 casos) tomaban tierra de terceros trabajando bajo el régimen de tenencia precaria, una superficie total de 9.953 ha. Si se compara la superficie en propiedad de los casos en estudios (75848 ha) con la superficie controlada bajo el régimen de tenencia precaria (9.953 ha) se obtiene una relación de 13, 12 ha tomadas en alquiler cada 100 ha en propiedad.

Sin embargo la relación entre superficie tomada y superficie en propiedad era diferente de acuerdo al modelo de organización. Así el modelo familiar presentaba la relación más elevada con 44,36 ha tomadas en alquiler por cada 100 ha en propiedad, le seguía el modelo familiar empresarial con una relación de 37,77 ha.

La forma de pago de la renta predominante era contrato accidental de hasta un año de duración, acuerdos verbales salvo algunas excepciones, relación contractual de tipo informal. La relación del productor con el lote era precaria y su continuidad estaba asegurada más por relaciones interpersonales (de amistad o confianza) que por aspectos puramente jurídicos y económicos. No obstante, cabe señalarse que ya existía una fuerte competencia mercantil entre productores por tomar superficies en arrendamiento, lo cuál condujo a aumentar los cánones de arrendamiento y consecuentemente, a elevar el precio de la tierra en la región.

Se verificaban dos modalidades de pago: una suma de dinero o de cantidad de producto por año o un porcentaje de la producción. La modalidad más común era la de participación en la producción, por la cual el productor debía entregar un porcentaje de la cosecha al finalizar el ciclo productivo. Los porcentajes oscilaban desde 22-25% en zonas alejadas o de suelos de inferior calidad hasta 40-45% en las tierras de mejor calidad. La modalidad a quintal fijo era evitada pues agregaba un importante componente de riesgo económico (Cloquell,S et al; 1982).

La incorporación de tracción y equipo simplificó, facilitó y amplió la capacidad de trabajo de los productores. La mecanización provocó un descenso abrupto en la necesidad de mano de obra en los establecimientos. En primera instancia, la reducción de la necesidad de trabajo impactó en la disminución de asalariados temporarios otorgando, en este sentido, una cierta flexibilidad. Además incrementó la autosuficiencia de la mano de obra familiar permitiendo la incorporación de nuevas fracciones en arrendamiento, lo que significó una adecuación de este tipo de explotaciones a los cambios de contextos. Sin embargo, el proceso no estuvo exento de exclusión de aquellas unidades de producción que no se encontraron en condiciones de incorporar capital.

Dos décadas más tarde

La aplicación del modelo neoliberal en los años 90 implicó una profunda apertura de la economía. Aunque las políticas aplicadas expresaron la decisión estatal de perder ingerencia directa en algunos sectores de la economía, el Estado estableció un tipo de cambio fijo con sobrevaluación de la moneda local (Ley de Convertibilidad). Hasta 1997 se verificó un crecimiento económico en el sector primario y también en el industrial. La mayoría de las exportaciones de la década son intensivas en recursos naturales (productos primarios, manufacturas de origen agropecuario -MOA - y combustibles). Por otra parte, el tipo de cambio y la apertura indiscriminada de la economía, favorecieron un incremento de las importaciones de bienes de consumo y de capital, concentrándose en bienes de mayor valor agregado de tipo industrial.

La nueva estructura de precios relativos internos, surgida de la implementación del Plan de Convertibilidad, generó tendencias antagónicas entre precios y costos en la agricultura. En el período 92/98 el resultado neto de la agricultura ajustado a precios minoristas cayó a la mitad del obtenido en el período 82/88 (Peretti, 2002). Este indicador evidencia el descenso del ingreso real del productor agropecuario, situación que explicaría la desaparición de numerosas explotaciones en la etapa, el incremento del endeudamiento y la necesidad de aumentar la producción y la productividad

como estrategia necesaria para la permanencia de las explotaciones familiares. Se constatan en el período cosechas récords con procesos de concentración productiva y exclusión social.

Los procesos reseñados desde los inicios de la modernización se profundizaron y se redimensionaron las características de la ocupación del territorio, del uso productivo del suelo y de la participación de diferentes actores sociales en condiciones de captar el excedente generado en el área en estudio.

Cambios tecnológicos y en el uso del suelo

La investigación desarrollada en los años 90 daba cuenta que el 83 % de la superficie en la campaña analizada era agrícola. Además, el 7 % de la superficie destinada a ganadería se realizaba sobre pasturas naturales evidenciando limitantes edáficas para la realización de la agricultura. Sólo en un 10 % de la superficie se llevaban a cabo rotaciones agrícola ganaderas.

La presencia de ganadería se daba mayormente entre los propietarios puros siendo ínfima la tierra arrendada para actividades ganaderas. En la superficie propia, la mayor superficie destinada a la ganadería correspondía al Estrato IV (38,5%) y la menor al Estrato I (3,4%) (GER-GEA, 2001)²

En cuanto a los cultivos agrícolas más del 90% del total de productores realizaba soja de primera. En promedio el 71% de los productores sembraban trigo-soja de segunda, variando por estrato y tenencia, siendo mayor la opción por el doble cultivo en el caso de los propietarios arrendatarios. La superficie destinada a soja de primera y segunda registraba el 80% de la superficie agrícola. Con respecto al maíz, los estratos más grandes (E III y IV) realizaban la mayor superficie de maíz (23,3%), en cambio los estratos que trabajan menor superficie (E I y II) cultivaban sólo un 15 % promedio de la superficie con maíz. El sorgo prácticamente desaparece en la secuencia de cultivos (GER-GEA, 2001)

Este nuevo panorama en el uso del suelo evidencia la transformación hacia la agriculturización de la región y la especialización productiva de la

mayoría de las explotaciones familiares quedando la ganadería relegada a zonas marginales para la agricultura o como posibilidad de aquellos productores de mayores recursos y por ende, con mayores posibilidades de sostener una diversificación productiva.

La profundización de la agriculturización con preeminencia del cultivo de soja se asocia al comportamiento favorable de los precios relativos de las oleaginosas sobre los pecuarios y al aumento de la productividad de la agricultura como resultado del cambio tecnológico.

Durante la expansión del proceso de modernización se desarrolla un paquete tecnológico simplicador del manejo técnico y por lo tanto menos demandante en mano de obra. Simultáneamente su incorporación implica ajustes permanentes en requerimientos de capital que restan gradualmente autonomía a las explotaciones familiares.

La adopción masiva de soja transgénica (88% de la soja sembrada en la muestra) fue uno de los aspectos sobresalientes y distintivos en las transformaciones tecnológicas de los años 90. La aceptación por parte del sector productor de este tipo de soja fue amplia porque simplifica y reduce el espectro de herbicidas necesarios, con un control más eficiente de las malezas.

El crecimiento sostenido de la siembra directa se asocia también a la rápida adopción de la semilla transgénica en soja que permitió realizar un manejo menos demandante en cantidad y variedad de herbicidas y que disminuyó el número de labores necesarias y, en consecuencia, el tiempo de trabajo.

Pese a la simplificación (en el uso de herbicidas) que la adopción masiva de soja transgénica implicó, se verificó un incremento en la incorporación de agroquímicos. Se registró en esta etapa un uso generalizado de fertilizantes, que se observó en tres aspectos: en el número creciente de productores que lo utilizaban, en los cultivos fertilizados y en la variedad de fertilizantes aplicados.

Aumentó el número de productores que fertilizan trigo y maíz y se incorporó la fertilización con fósforo y azufre en soja (Cloquell, S. et al, 2003) .

² Base de datos construída por el Grupo Estudios Rurales. Instituto Gino Germani. U.B.A y el Grupo Estudios Agrarios Fac. Cs. Agrarias. U.N.R

En los 90 la necesidad de maquinarias se simplificó. La sembradora de siembra directa, la pulverizadora y la cosechadora se constituyeron en el núcleo básico, aún cuando se constató que la siembra directa no era el único sistema de labranzas utilizado en el período.

El estrato que en menor porcentaje adoptó la siembra directa fue el I. En las explotaciones más pequeñas las posibilidades de capitalización fueron escasas y la contratación de la labor no resultó indiferente dado el estrecho margen de rentabilidad en el período. Por esta razón, fue también importante la presencia de labranza mínima o la combinación de ambos sistemas.

A medida que aumenta la superficie total trabajada, fueran o no propietarios de la tierra trabajada, se incorporó la siembra directa. Más allá del sistema de labranzas posible de realizar, los productores abandonaron la percepción vigente en la primera etapa de la modernización acerca del trabajo necesario y/o adecuado para el suelo.

Al analizarse la dotación de sembradoras de todo tipo (convencional y siembra directa) por estrato y tenencia se observaba una fuerte ausencia en el estrato I; en el estrato II el 63 % de las explotaciones poseían sembradoras tradicionales y el porcentaje bajaba a 32 % con relación a la sembradora de siembra directa. En el estrato III el 38 % poseía sembradoras tradicionales y el 42,5% sembradoras de siembra directa. Este valor ascendía a 63,5% en el estrato IV (GER-GEA 2001).

La ausencia de pulverizadora era mayor entre los propietarios puros, con independencia del estrato de pertenencia el 64 % contratan la labor. La mayor posesión de pulverizadoras por parte de los propietarios arrendatarios era coherente con su estrategia de incorporar más tierra pues para ello se tornó necesario incorporar maquinarias para bajar costos de producción y ser competitivos en el mercado de tierras. A su vez, se reducía la antigüedad de las pulverizadoras a medida que aumentaba el tamaño de las explotaciones por arrendamiento de tierras.

También la posesión de cosechadoras era mayor entre los propietarios arrendatarios. El mayor porcentaje de cosechadoras con menos de 10 años de antigüedad se encontraba en posesión de propietarios arrendatarios de los estratos III y IV (GER- GEA 2001).

La decisión de ampliar las posibilidades de la unidad a través del arrendamiento implicó obligadamente la incorporación de maquinarias pertenecientes al núcleo básico de los años 90. En un contexto de caída de los ingresos esta estrategia permitió la permanencia de un número considerable de unidades familiares, pero a la vez, la necesidad de pagar renta y de incrementar el capital con el consecuente pago de interés, incorporó un grado de riesgo mayor.

La tierra y el trabajo

Durante la década del 90 fueron mayoría los productores que amplían la superficie trabajada incorporando tierras en arrendamiento (65 % de la muestra). Tal estrategia se encontró presente en todos los estratos. Puede considerarse su importancia analizando la superficie total operada por los propietarios arrendatarios: el porcentaje más bajo se dio en esa campaña en el estrato II, con el 69 % de la superficie total operada por el estrato y el más alto se dio en el III, con el 88% de la misma (Ger-Gea 2001)

El 63 % de los productores de los estratos I y II arrendaban tierras pero sólo ocupaban el 30 % del total de la tierra tomada de la muestra condicionados por su estructura de capital en maquinarias y la menor capacidad económica y financiera para el pago de renta y de insumos.

Sobre el total de propietarios arrendatarios el menor porcentaje se encontraba en el estrato IV (16%) pero manejaban más del 50 % de la tierra tomada total (Albanesi, R. et al, 2003) expresando la tendencia a la concentración en el manejo del suelo posibilitado por su mayor disponibilidad de capital y mayor capacidad económica y financiera.

La mayoría de los propietarios arrendatarios manifestaron voluntad de ampliar la superficie tomada. Mantener la misma superficie o disminuirla respondió mayormente a limitantes estructurales que a elecciones de los productores.

La necesidad del incremento de la escala generó una demanda de tierras que, en un mercado de tierras sumamente competitivo, aumentó aún más el peso de la renta. El 56 % de las menciones sobre la disminución de la

superficie operada fundamentaban la misma en el alto precio del canon de arrendamiento y por ende, en el aumento del riesgo.

Entre las razones de aumento de la superficie, el argumento principal (46% de los casos) fue la necesidad de incrementar el ingreso de la unidad (GER-GEA 2001). Además, tal estrategia se encontró facilitada por un modelo tecnológico de menores costos de insumos y simplificador del trabajo. Por otra parte, al igual que en los inicios de la modernización la cantidad de miembros de la familia o de familias involucradas en la explotación también influye en la decisión de tomar tierras

La mayor demanda de tierras incidió en la modificación de la modalidad de pago de la renta. En los 90 la forma predominante fue la de pago en quintales fijos. Si bien no resultaba la preferida por los tomadores de tierras al no compartirse el riesgo de la producción, fue condición aceptada por cuanto posibilitaba el acceso a mayor superficie en un mercado de dificultoso acceso.

Con relación al pago de renta se corroboró que a medida que aumentaba la superficie total operada disminuía la cantidad de quintales pagados por ha. Así los estratos de mayor superficie y sobre todo en el IV, se observa que el 20% de los casos se ubica en menos de 7 quintales y el 60% de los casos en el rango que va de 8 a 10 quintales. Mientras que en el extremo opuesto, en el Estrato I, el 61,5% de los casos está ubicado entre 11 a 14 quintales (GER-GEA 2001), evidenciándose nuevamente el escenario mayormente desfavorable para los pequeños productores en la etapa (Albanesi, et al, 2003).

Como ya se ha manifestado, el modelo tecnológico de la agricultura de los años 90 llevó a profundizar aún más el escaso requerimiento de mano de obra. El abandono de las actividades ganaderas y de autoconsumo, el alejamiento del espacio rural como hábitat cotidiano profundizan la menor necesidad de trabajo. Sin embargo, la coordinación de las tareas, el trabajo administrativo, las actividades de mantenimiento y gran parte o la totalidad de las tareas productivas siguieron a cargo de los productores titulares de las explotaciones con participación menor de otros miembros de la familia.

Con relación a los asalariados la tendencia fue diferente según se tratase de propietarios puros o de productores tomadores de tierra. El 76 % de los propietarios arrendatarios contrataban asalariados y el porcentaje

descendía a un 38 % en el caso de los propietarios puros (GER-GEA, 2001). La estrategia de tomar tierras que conlleva a la necesidad de realizar las labores en el menor tiempo posible y de la manera más eficaz, conduce a la necesidad de constituir un fondo de salario que - sumado al pago de renta - resta flexibilidad y suma riesgos a la producción familiar (Albanesi, R. et al, 2003).

Las tendencias: producción y reproducción en clave de modernidad

El proceso de modernización del sector agropecuario, guiado por políticas promotoras de crecimiento pero no de desarrollo, trajo implícito la paulatina y constante desaparición de explotaciones familiares, el surgimiento de nuevos actores y un formidable proceso de concentración de la producción. En este contexto de mayor incidencia del capital, la forma de producción familiar capitalizada vuelve a expresar su capacidad de resistencia y permanece sujeta a procesos de transformaciones importantes.

Considerando los dos momentos descriptos (inicios del proceso y su maduración) pueden señalarse tendencias generales de las transformaciones acaecidas.

Con relación a la producción se constata abandono de la diversificación productiva como estrategia dominante, disminución de la superficie ganadera y crecimiento de la superficie ocupada con soja en detrimento de los otros cultivos tradicionales de la región. Ello implica una disminución drástica no sólo de las rotaciones agrícolas-ganaderas sino también de las agrícolas, con el consecuente riesgo de incremento de procesos de deterioro en los suelos.

La producción, a la vez que se especializa, tiende a la homogeneización tecnológica que implica una incorporación permanente y creciente de capital. Esto puede apreciarse en la necesaria adopción, a lo largo del tiempo, de nuevos tipos de semillas, plaguicidas y fertilizantes y en la conveniencia de disponer del parque de maquinarias considerado adecuado en cada momento (con arados e implementos para roturar el suelo en los años 70 y sembradora de siembra directa en los 90). Ambos imponen una importante inversión de capital a la unidad para poder ampliar la superficie trabajada,

condición fundamental para la permanencia en un contexto de caída de precios de las materias primas y aumento de costos de producción.

La toma de tierras en arrendamiento se generaliza. Se verifica que es mayor la cantidad de productores que en la década del 90 deciden tomar tierras como una manera de garantizar su ingreso. A fines de los 70, la relación superficie en propiedad y en arrendamiento es favorable a la primera, veinte años después se invierte dicha relación.

La disminución de la modalidad de pago de renta “a porcentaje” y el aumento de la forma en “quintales fijo de soja” ponen en evidencia la disputa por la tierra en la región. La capitalización de la agricultura provoca un incremento del precio de la tierra y de la renta y fortalece la posición de los propietarios en la negociación del alquiler.

A lo largo del período es permanente el aumento de la productividad del trabajo. Los miembros de la familia que trabajan en la unidad disminuyen y el trabajo asalariado rural decrece. La agriculturización, bajo las pautas tecnológicas de la modernidad, prescinde del trabajo permanente, cotidiano y lo estacionaliza. Como consecuencia la población rural desciende abruptamente, productores y asalariados no encuentran razones para vivir en el espacio rural. El despoblamiento del campo es una de las grandes impactos de la modernización.

Las transformaciones señaladas expresan cambios en la relación de los factores de producción, éstos generan mayor productividad pero también aumento de las relaciones mercantiles y una profunda pérdida de autonomía de la producción familiar, tornándola más vulnerable e inestable en el tiempo.

Sin embargo las tendencias señaladas no impactan de manera uniforme en la producción familiar pampeana. Dentro de este universo pueden identificarse situaciones diversas: las explotaciones que no pudieron asimilar estos condicionamientos externos; aquellas que lograron incorporar estrategias para permanecer y las que, asumiendo mayores riesgos, adoptan un perfil más empresarial.

Dentro del primer grupo se encuentran las explotaciones a las que la descapitalización en maquinarias, los altos costos financieros, el endeudamiento y la baja rentabilidad propiciaron su retiro de la actividad productiva y su transformación en cededoras de tierras. La estrategia rentística

fue y es la dominante entre las explotaciones que desaparecen como tales en la región.

Dentro del grupo de unidades familiares que logran permanecer pueden ubicarse las correspondientes al *modelo familiar*, asimilables a su vez con las comprendidas en los estratos más pequeños de la investigación de los años 90.

La capacidad para aprovechar pequeños márgenes de autonomía, para evitar una inversión en capital que resulte condicionante de su ingreso y para disminuir - en lo posible - el grado de mercantilización fueron espacios de flexibilidad que posibilitaron la permanencia.

Tales estrategias se hacen presentes desde los inicios de la modernización. En los años 70 la producción de la propia semilla, el reemplazo de la compra de herbicidas por manejo culturales mecánicos, la contratación de labores para evitar inversiones muy costosas y la cautela en la toma de tierras, son claros ejemplos de estas conductas. Y aún en los 90, donde se constata un mayor grado de cientificación y por lo tanto de mercantilización de la producción, se mantienen –dentro de los límites impuestos por el contexto- prácticas que intentan atenuar los condicionamientos, como la producción de la propia semilla y la realización de sistemas de labranza reducido o combinando con siembra directa.

Finalmente, el tercer grupo señalado comprende al *modelo familiar empresarial* de fines de los 70 y a los estratos III y IV de los años 90. Las estrategias del grupo anterior también pueden estar presentes aquí coexistiendo con otro tipo de decisiones que permiten una cierta diferenciación. Ya desde fines de los 70 se constata en estas unidades una adopción masiva de herbicidas, presencia de fertilización (en una etapa donde no se consideraba necesaria la inclusión de tal práctica) y mantenimiento de rotaciones agrícolas con mayor presencia de maíz (de mayor costo de implantación y riesgo climático que la soja). También en maquinarias es alto el grado de inversión. La capitalización es mayor en este grupo y por ende, las posibilidades de ampliar su escala de producción.

En los años 70 los productores correspondientes al *modelo familiar empresarial* tomaban tierra pero en menor proporción que la propia, esta relación se invierte en los años 90 en los estratos III y IV. Ya desde los inicios

del proceso consideraban que la toma de tierras en arrendamiento se realizaba no sólo para garantizar un ingreso, sino porque era evaluada como “*un negocio válido*”. Puede inferirse que ésa es la razonabilidad que subyace entre quiénes profundizan la estrategia del aumento de la escala asumiendo conductas de mayor inversión y riesgo.

Bibliografía

- Albanesi, R; González, C.; Preda, G. “Transformaciones en la agricultura santafesina. La importancia de los contratistas de producción” Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales. ISBN 950 - 29 - 0747 - 7 en C.D Buenos Aires, 2003
- Albanesi, R “Inversión en maquinarias y concentración en el uso de la tierra en el sur santafesino” Revista Agromensajes. Facultad de Cs. Agrarias. U.N.R, Nº 15. Zavalla, abril 2005
- Cloquell, S., Martinez, A. et al.; “Diagnóstico de las limitantes al aumento de la productividad en el sur santafecino”. Convenio INTA-MAG-UNR. Mimeo. Rosario, 1982.
- Cloquell, S; Albanesi, R; De Nicola, M; González, C; Preda,G y Propersi,P. “Las unidades familiares del área agrícola del sur de Santa Fe en la década del noventa” Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios, Nº 19 Segundo semestre 2003
- Gomes,G; Perez, A “El proceso de modernización de la agricultura latinoamericana: Características y breve interpretación” 1983
- Graziano da Silva, J. “Complejos agroindustriales y otros complejos” Agricultura y Sociedad. Nro. 72. 1994
- Friedman, H. "La explotación familiar en el capitalismo avanzado". Dto de Sociología de Toronto, 1981.
- Murmis, M. “Tipología de pequeños productores campesinos en América” Ruralia Nº pp 29 – 57. Buenos Aires, 1991
- Peretti, M. “Otro enfoque de la comparación 80 vs. 90 en el sector agropecuario” Revista Agromercado, 208: 20-23. Buenos Aires, 2002

- Pizarro, J. Evolución y perspectivas de la actividad agropecuaria pampeana argentina. Cuadernos de PIEA N° 6. Buenos Aires, 1998
- Ploeg van der, J. “El proceso de trabajo agrícola y la mercantilización” en Sevilla Guzman, E; González de Molina, M (eds) Ecología, campesinado e historia pp 153 – 195 La Piqueta. Madrid, 1993